

Un epílogo a modo de prólogo

El prólogo. El lugar donde empieza un libro. Un espacio para contar muchas cosas. Un espacio, muchas veces desaprovechado. Existen muchos tipos de prólogos. Los hay que explican de dónde surge la idea del libro que viene a continuación. En nuestro caso, podríamos decir que esta obra surge de un principio que se enunció en las primeras reuniones previas al nacimiento de la propia editorial Tleo. Se decidió que uno de los ideales fundamentales del sello editorial sería el de dar cabida a las voces de aquellos autores, jóvenes y desconocidos, que no habían tenido la oportunidad de ver sus palabras publicadas por otras editoriales, más interesadas en el renombre del escritor que en sus propias palabras. Poco más nos quedaría por contar en el prólogo. Así que lo mejor no será empezar el prólogo de esta forma.

Otra opción es la de utilizar estas primeras páginas para hablar de cada autor de forma independiente. Es una opción más que acertada, debido al desconocimiento de los 12 por parte del público. No es mala idea. Pero hay un problema. Ellos mismos se han encargado de contar nos sus orígenes e inquietudes en pequeños textos que acompañan a sus relatos. Se trata, por tanto, de otro prólogo que descartamos.

Nos queda el análisis de cada texto. Descartado también pues, una vez más, los propios escritores nos han ahorrado el trabajo comentando sus obras.

La última opción es hablar de la obra como conjunto. Pararnos en varios puntos que van desde su diseño formal, que emula al de la autoedición con sus manchas de tinta y sus textos corri-



dos, hasta su contenido como reflejo de un pensamiento generacional. Nuestros escritores tenían libertad absoluta para sus relatos. Podían escribir de lo que quisiesen y como quisiesen. Sin embargo, es curioso ver como todos han adoptado un tono trágico y ligeramente oscuro. Las historias más profundas y las más casuales coinciden en presentarnos una negrura de fondo. Da igual que nos cuenten la vida de un gato casero o la crisis creativa de un escritor, todos son personajes deprimidos. Esta generación de jóvenes menores de 30 años es una generación que expresa su desencanto y su temor en lo que escribe. Pero es también una generación que es ya consciente del pasado y de la importancia de los recuerdos. Todos los relatos nos hablan de la importancia del pasado, de los recuerdos atesorados por sus personajes. Ya sean fotografías o frases dichas antes. Ya sea una herencia familiar o un recuerdo mental. De una forma u otra, lo anterior se hace presente en estas historias.

Desde luego, sería un prólogo sesudo si siguiésemos por ese camino. Lo más probable sería acabar hablando de un nuevo movimiento literario generacional, de una vuelta al romanticismo por parte de nuestros jóvenes, que evocan lo lejano y se sumergen en fantasías agridulces. Pero eso sería un terreno escabroso que es mejor no pisar.

¿Qué nos queda entonces para prologar esta obra? No nos queda nada. Todos los buenos principios típicos están demasiado lejanos de encajar en estas «12 historias por contar». Sin embargo, hay algo que sí podemos hacer. Si no podemos empezar el libro, siempre podemos terminarlo.

¿Y qué mejor forma de terminar estas 12 historias por contar que con una historia que se ha

terminado de contar cuando has abierto las páginas de este volumen? Como algún lector habrá supuesto, el título de este libro no hace referencia a los 12 relatos que contiene, pues su misma publicación hace que estas historias estén ya contadas. En su lugar, el título se refiere a los propios 12 autores que, sin haber sido advertidos de ello, son los protagonistas de 12 historias que ellos mismos deben vivir. 12 historias que nadie ha contado todavía, pero que empiezan justo ahora. De ahora en adelante, los doce serán los protagonistas.

¿Pero cómo han llegado a convertirse en protagonistas? Esta es la última historia de este libro. Digamos que es la historia número 13, y digamos que es la única que está ya contada.

En algún momento de 2009, en la ciudad de Granada, un grupo de 6 personas decide darle una oportunidad a 12 jóvenes que sueñan con ser escritores. Ninguno ha tenido aún la oportunidad de publicar y, algunos de ellos nunca la tendrían de otra forma, pues su temor a fracasar les impide enviar sus textos a editoriales o publicaciones. Prefieren guardarlos en el cajón de los recuerdos o enseñarlos sólo a los amigos.

Bajo la premisa de que hay una nueva generación de escritores escondida entre nuestra juventud, estas 6 personas salen a buscar a estos jóvenes. No buscan ejemplos singulares ni enfoques concretos. Muy por el contrario, buscan ideas individuales, sensaciones personales. Buscan, a fin de cuentas, ese sabor agridulce que deja un escritor cuando escribe para si mismo, no pensando en vender o en sorprender, si no en agradar y en exteriorizar lo que lleva dentro. Es por esto que, al contactar con ellos dejan claro que no quieren un relato «para publicarlo», si no que lo que están buscando es que los autores aporten el texto más personal que sean ca-



paces de escribir. Quieren que sea algo de lo que se sientan orgullosos de verdad, algo donde muestren de lo que son verdaderamente capaces.

Poco a poco va pasando el tiempo y relatos de todo tipo llegan. Algunos íntimos, como «Asco», que hablan con dureza y sin tapujos de las crisis creativas y de la autodestrucción como vía de inspiración. Íntimo es también «Laura», que nos habla de la misma esencia del hombre y de la venganza, aunque rodeando estos conceptos con un mundo destrozado, tan ficticio que es real. Y si de mundos ficticios hablamos, no podemos olvidarnos de «La ciudad gris». Un escenario perfecto para reflexionar sobre los recuerdos y el pasado. Tema éste, el de los recuerdos, que es tratado también en «Fundido a Blanco» o, de una forma menos fantástica y más real y triste a la vez en «La fotografía». Hay también relatos casi costumbristas; sencillas descripciones en su capa más superficial que esconden, en el caso de «Neko» una metáfora sobre el destino y la precaución o, en el caso de «La chica de la maleta roja» un análisis de los rasgos humanos reflejados en una viandante anónima de la que no sabemos nada a la vez que lo intuimos todo. Se tratan también temas profundos, como la soledad y la oscuridad, en «reencarnación», o un enfoque casi místico del nacimiento de la imaginación y del propio acto de la escritura en «Verbum Imago Factum Est». Revisamos, también, historias casi reales, llenas de amor y odio, de sentimientos y resentimiento en «Una historia cualquiera» y «Perdidas las riendas». Y por último, viajamos de nuevo hacia la fantasía y el terror para encontrarnos con «El paciente 7182C».

Estas doce historias son las que conforman el libro que tienes entre tus manos. 12 historias en las que conocemos las características literarias de esta nueva generación de autores. Historias que comparten todas un trasfondo trágico, don-

de siempre hay una pérdida, donde siempre se esconde el dolor. Historias que, de forma indirecta, son una metáfora del mundo en el que ha tocado vivir a sus narradores. Narradores que, en la mayoría de los textos, permanecen en el anonimato. Abundan en estas páginas los protagonistas anónimos, máscaras del autor temeroso de ser reconocido en sus personajes. Abunda, como ya se ha señalado antes, la figura del pasado, ya sea en forma de recuerdo, de memoria o de herencia. Esta nueva generación se preocupa por lo que hubo antes; ya sea por dotar a su personaje de un pasado o por presentar a las generaciones anteriores como personajes vivos en la obra. Tienden estos jóvenes, maduros escritores del mañana, a buscar la sinteticidad en el texto; en una herencia del inmediatismo que reina en nuestro tiempo, los escritores ahorran en palabras y descripciones y se centran en la acción, en el relato en sí. No son escasos los cuentos en los que el lector se ve inmerso en la trama desde el principio, casi sin una presentación previa e innecesaria.

Pero estamos divagando ya. Volvamos al relato. *Los 12 autores comenzaron a enviar sus textos, y los 6 que los convocaron, a darles forma plástica, a presentarlos al público para que las voces de estos jóvenes escritores fuesen escuchadas al leer sus palabras. Al tratarse de un libro atípico, requería de una presentación atípica. Y es que no es muy común encontrarse con 12 desconocidos que publican un libro. Se eligió un formato alargado, diferente a los que se suelen utilizar para estos menesteres. Se eligió un diseño de página inspirado en la autopublicación casera, con sus errores y su cariño. Este diseño no es más que otra forma de llamar la atención sobre el hecho de que, de no ser aquí, estas palabras habrían acabado en publicaciones «de foto-*

copia» o en revistas literarias amateur. Este formato es un homenaje a lo que pudo ser y no es, una forma de no olvidar a tantos otros autores que siguen escribiendo sin ningún apoyo detrás más que el de sí mismos y sus conocidos.

Y ya, con el libro casi terminado, llegó el último paso. La escritura del prólogo. Esa pequeña ironía que abre el texto pero se escribe al final. Me encuentro frente al teclado escribiéndolo ahora mismo. He pasado toda esta noche en vela, leyendo y relejendo todas las páginas del libro, buscando una forma de introducir este maremágnum de pensamientos y estilos y, como he declarado desde la primera línea, no he encontrado una introducción que le haga justicia a los textos que venían a continuación. Demasiados sentimientos, demasiadas historias, demasiados lugares y, sobre todo, demasiadas voces. Es por esto que decidí escribir un epílogo en lugar de un prólogo. Una última historia que recogiese la ilusión que todos hemos puesto en esta obra. Una última historia que fuese un retrato real de lo que es este libro. Una historia alegre, que no se olvide de mencionar las prisas de última hora (escribo este texto 12 días antes de la presentación del libro) ni los problemas que han ido surgiendo sobre la marcha (relatos que no llegaban, modificaciones de última hora, autores que llegaron tarde) pero que acabe con un final feliz. Ya es hora, por tanto, de vivir ese final.

Cuando tú, lector, leas esto será el 30 de junio de 2009 (o una fecha posterior). Esto quiere decir que el cubo de ilusiones que se pusieron a funcionar hace ya tres meses ha dado por fin su fruto. No ha sido un parto de 5 años, pero ha sido un parto duro y alegre a la vez. Lo que tienes en tus manos es el esfuerzo conjunto de muchas manos y de 12 voces inquietas que querían ser escuchadas. Ahora te toca a ti, lector, hacer el último esfuerzo. Dales una oportu-

tunidad. Lee todo lo que tienen que contarte. No tiene por qué ser todo de golpe; puedes aprovechar que son 12 historias para leer una cada mes. O puedes llevarte el libro (que cabe en cualquier bolsillo trasero) a la playa o al campo en estas vacaciones. Sea como sea, acércate a estos doce cuentos y a las doce historias no contadas que esconde cada uno de los autores. Disfrútalos, llora o ríe con ellos, compártelos con tus amigos y familiares. Interésate por la vida de estos jóvenes y hazles llegar tu opinión a través de nuestra editorial (por ejemplo, enviando un correo a tleo@editorialteleo.com); nosotros estaremos encantados de reenviársela. Y una vez que hayas hecho todo esto, siéntate y prepárate para las historias que vendrán. Prepárate para oír hablar de estos 12 jóvenes y para leerles en un futuro no muy lejano. Aún están dando sus primeros pasos; pero pronto aprenderán a correr.

Raúl González Bofill

Madrugada del 18 de junio de 2009

